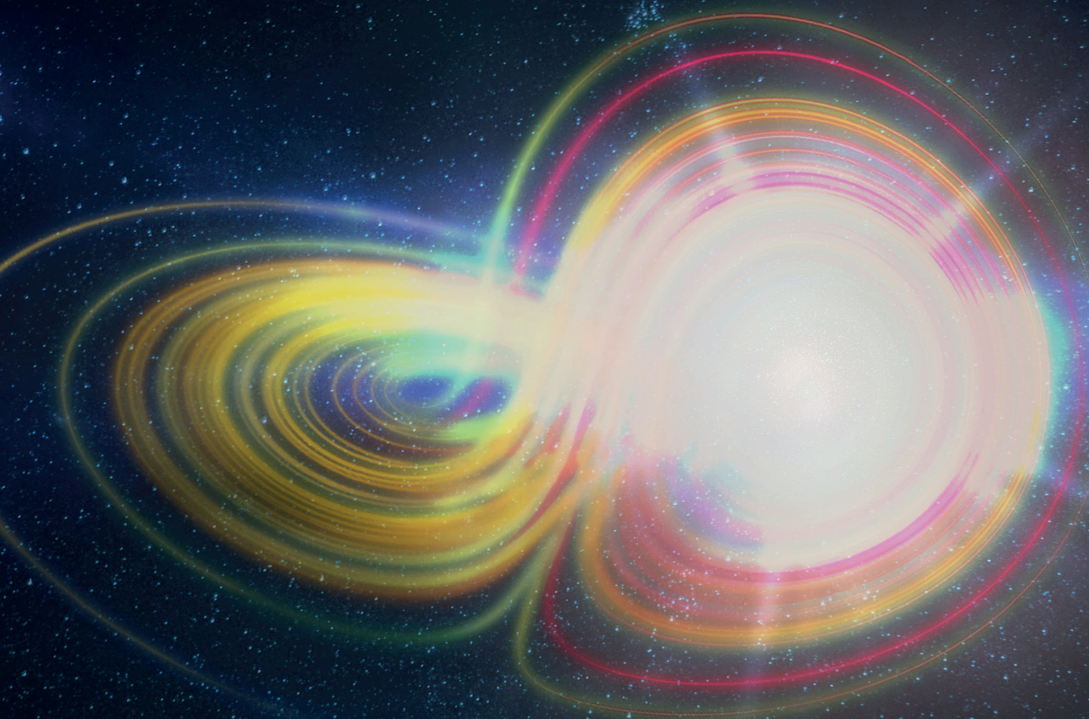



DR. EBEN ALEXANDER



LA PRUEBA DEL CIELO

EL VIAJE DE UN NEUROCIRUJANO
A LA VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

 aquari

DR. EBEN ALEXANDER

LA PRUEBA DEL CIELO

EL VIAJE DE UN NEUROCIRUJANO
A LA VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

MENTE Y SABIDURÍA

 aquari

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

La prueba del Cielo

© 2022, DR. EBEN ALEXANDER

Título original: *Proof of Heaven*

© de la traducción, Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2013

De esta edición:

Diseño de portada e interiores:

Departamento de Diseño de Ediciones Aquari

Fotografía del autor:

© **Deborah Feingold**

Corrección de estilo:

María Fernanda Méndez

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial **aquari**

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704

Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: marzo 2022

Tiraje: 2500 ejemplares

ISBN: 978-612-48882-1-2

Depósito Legal N.º 2022-02950

Impreso en Industria Gráfica Cimagraf S. A. C.

Pasaje Santa Rosa 140, Ate-Vitarte, Lima 3, Perú

Lima – Perú, marzo 2022

ÍNDICE

Prólogo	11
CAPÍTULO 1	
El dolor	21
CAPÍTULO 2	
El hospital	27
CAPÍTULO 3	
Salido de la nada	33
CAPÍTULO 4	
Eben IV	37
CAPÍTULO 5	
El inframundo	41
CAPÍTULO 6	
Un ancla a la vida	45
CAPÍTULO 7	
La Melodía giratoria y el Portal	51

CAPÍTULO 8	
Israel	55
CAPÍTULO 9	
El Núcleo (I)	59
CAPÍTULO 10	
Lo que cuenta	65
CAPÍTULO 11	
Un final a la espiral descendente	75
CAPÍTULO 12	
El Núcleo (II)	85
CAPÍTULO 13	
Miércoles	91
CAPÍTULO 14	
Un tipo especial de ECM	95
CAPÍTULO 15	
El regalo del olvido	99
CAPÍTULO 16	
El pozo	107
CAPÍTULO 17	
N de 1	109
CAPÍTULO 18	
Olvidar y recordar	115

CAPÍTULO 19	
Ningún sitio donde esconderse	117
CAPÍTULO 20	
El cierre.	123
CAPÍTULO 21	
El arcoíris	127
CAPÍTULO 22	
Seis caras.	131
CAPÍTULO 23	
Última noche, primera mañana	135
CAPÍTULO 24	
El regreso	139
CAPÍTULO 25	
Aún no estoy allí	145
CAPÍTULO 26	
Difundiendo la noticia	149
CAPÍTULO 27	
Vuelta a casa	151
CAPÍTULO 28	
Ultrarrealismo	155
CAPÍTULO 29	
Una experiencia común	157

CAPÍTULO 30	
Vuelto desde los muertos	163
CAPÍTULO 31	
Tres campos	167
CAPÍTULO 32	
Una visita a la iglesia	175
CAPÍTULO 33	
El enigma de la conciencia	177
CAPÍTULO 34	
Un dilema final	191
CAPÍTULO 35	
La fotografía	195
Eternea	203
Agradecimientos	205
Lista de lecturas	209
APÉNDICE A	
Declaración del doctor Scott Wade	217
APÉNDICE B	
Hipótesis neurocientíficas que barajé para explicar mi experiencia	219
Índice analítico y onomástico	223

*Este libro está dedicado a mi querida familia,
con infinita gratitud.*

PRÓLOGO

«Un hombre debe buscar lo que es y no lo que cree que debería ser».

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

Cuando era niño, muchas noches soñaba que volaba. La mayoría de las veces me veía en el jardín. Era de noche y estaba mirando las estrellas cuando de repente comenzaba a levitar. Los primeros centímetros me elevaba de manera automática. Pero pronto comenzaba a darme cuenta de que cuanto más ascendía, más dependían de mí mis progresos, de lo que hacía. Si me emocionaba demasiado, si me dejaba llevar por la experiencia, volvía a caer al suelo... en picada. Pero si me lo tomaba con calma, si aceptaba la cosa tal cual era, me elevaba y me elevaba, cada vez más de prisa, hacia el cielo estrellado.

Puede que estos sueños contribuyan a explicar por qué, al crecer, me convertí en un enamorado de los aviones y los cohetes, de cualquier cosa que pudiera llevarme allá arriba, al mundo que hay sobre este.

Cuando mi familia tomaba un avión, yo me pasaba el vuelo entero, desde el despegue al aterrizaje, con la cara pegada a la ventanilla de mi asiento.

En verano de 1968, cuando tenía catorce años, me gasté todo el dinero que había ganado cortando céspedes en unas clases de vuelo con un tipo llamado Gus Street en Strawberry Hill, un «aeropuerto» (o más bien una pequeña franja alargada de terreno cubierto de

hierba) al oeste de Winston-Salem, la ciudad de Carolina del Norte en la que crecí. Aún recuerdo cómo me latía el corazón la primera vez que pulsé el gran botón rojo que soltaba la sogas que me mantenía unido al aparato de remolque e incliné el planeador en dirección a la pista. Era la primera vez que me sentía realmente solo y libre. La mayoría de mis amigos obtenía esa misma sensación en sus coches, pero apostarí algo a que la emoción de estar en un planeador a más de 300 metros de altitud es cien veces más intensa.

En los años setenta, me uní al club de paracaidismo deportivo de la Universidad de Carolina del Norte. Era como una hermandad secreta, un grupo de gente que se dedicaba a algo especial y mágico. Mi primer salto fue aterrador y el segundo más aún, pero ya para el duodécimo, cuando crucé la compuerta y me dejé caer más de 300 metros antes de abrir el paracaídas (mi primera «espera de diez segundos»), sabía que aquello era lo mío. Hice un total de 365 saltos en la universidad y pasé más de tres horas y media en caída libre, sobre todo en formaciones, con hasta veinticinco paracaidistas más. Aunque dejé de saltar en 1976, seguí teniendo sueños sobre la experiencia, unos sueños que, además de vívidos, siempre eran agradables.

Los mejores saltos se daban a última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ocultarse detrás del horizonte. Cuesta describir la sensación que experimentaba en ese tipo de saltos: era como estar cerca de algo a lo que nunca alcanzaba a poner nombre, pero que sabía que necesitaba. No era exactamente soledad, porque en realidad nuestra forma de saltar no tenía nada de solitaria. Solíamos saltar en grupos de cuatro, cinco, diez o doce personas a la vez, para hacer toda clase de formaciones en caída libre. Cuanto más grandes y complicadas, mejor.

En 1975, un hermoso sábado de otoño, todos los paracaidistas de la Universidad de Carolina del Norte (UNC) nos juntamos con algunos de nuestros amigos del club de paracaidismo del este del estado para hacer unas cuantas formaciones. En nuestro penúltimo salto

del día, nos lanzamos desde un D18 Beechcraft a más de 3000 metros de altitud para hacer un copo de nieve de diez personas. Logramos completar la formación antes de atravesar los 2000 metros y así pudimos disfrutar de dieciocho segundos de vuelo completos en formación, por un claro abierto entre dos gigantescos cúmulos, antes de separarnos a los 1000 metros y apartarnos para abrir los paracaídas.

Cuando llegamos al suelo, estaba haciéndose de noche. Pero corrimos a otro avión, despegamos rápidamente y logramos ascender de nuevo con los últimos rayos del sol para hacer un segundo salto en medio del anochecer. En este caso, dos de los miembros más jóvenes del grupo probaban por primera vez a entrar en formación, es decir, unirse a ella desde el exterior en lugar de ocupar uno de los puestos de la base (lo que es más fácil porque, esencialmente, tu trabajo consiste en mantenerte estático en la caída mientras los demás maniobran hacia ti). Era una ocasión muy emocionante para ellos, pero también para los más veteranos, porque de aquel modo contribuíamos a construir el equipo y ayudábamos a ganar experiencia a saltadores que más adelante podrían ayudarnos a realizar formaciones aún más grandes.

Yo tenía que ser el que cerrase una formación de estrella de seis hombres sobre las pistas del pequeño aeropuerto de Roanoke Rapids. El tipo que estaba frente a mí se llamaba Chuck. Tenía bastante experiencia en «trabajo relativo» (que es como se llama a la construcción de formaciones en el aire). A los 2000 metros los rayos del sol aún incidían sobre nosotros, pero abajo ya se habían encendido las farolas de la ciudad. Los saltos en el crepúsculo siempre son experiencias sublimes y estaba claro que aquel iba a ser realmente hermoso.

Aunque yo saldría solo un segundo detrás de Chuck, tendría que moverme rápidamente para alcanzar a los demás. Caería a plomo, como un verdadero cohete, durante los siete primeros segundos, aproximadamente. Tenía que descender casi 150 kilómetros por hora más de prisa que mis amigos para poder llegar a su lado poco después de que hubieran completado la formación inicial.

El procedimiento normal para los saltos de este tipo es que todos los saltadores se separan a los 1000 metros y se alejan todo lo posible unos de otros. A continuación, cada uno de ellos agita los brazos (para anunciar que se dispone a abrir el paracaídas), mira hacia arriba para asegurarse de que no tiene ningún compañero por encima y luego tira de la cuerda.

—Tres, dos, uno... ¡Ya!

Los cuatro primeros saltadores salieron del avión y luego los seguimos Chuck y yo. Estaba cabeza abajo, aproximándome a la velocidad terminal, pero sonreí igualmente al contemplar la puesta de sol por segunda vez en el día. Mi plan consistía en frenar la caída abriendo los brazos una vez que alcanzase a los demás (para lo que teníamos unas alas de tela que iban de las muñecas a las caderas y que ofrecían una enorme resistencia al viento cuando se inflaban a máxima velocidad) y extender las mangas y las perneras en forma de campana del mono en la dirección de mi avance.

Pero no tuve la ocasión de hacerlo.

Mientras me acercaba como una flecha a la formación, vi que uno de los chicos jóvenes había acelerado demasiado. Puede que la rápida caída entre las nubes lo hubiera amilanado un poco, al recordarle que estaba moviéndose a más de setenta metros por segundo hacia un enorme planeta, parcialmente envuelto en la oscuridad. En lugar de aproximarse con lentitud al borde de la formación, la había embestido y había obligado a todos los demás a soltarse. Y ahora los otros cinco saltadores caían dando vueltas, sin control.

Estaban demasiado cerca. Los paracaidistas dejan tras de sí una estela de turbulencias de baja presión extremadamente violenta. Si otro paracaidista se mete por ahí, su caída acelera al instante y puede chocar contra quien esté debajo de él. Por su parte, esto puede provocar que los dos saltadores aceleren y embistan a cualquiera que se encuentre por debajo de ellos. En pocas palabras, un desastre seguro.

Doblé el cuerpo y me incliné para no entrar en contacto con aquella masa de cuerpos giratorios. Maniobré hasta colocarme

justo encima del «objetivo», el punto del suelo sobre el que debíamos abrir los paracaídas para disfrutar de un apacible descenso de dos minutos.

Me volví y comprobé con alivio que mis desorientados compañeros habían logrado deshacer aquella letal maraña de cuerpos y estaban separándose.

Chuck estaba entre ellos. Para mi sorpresa, se dirigía en línea recta hacia mi posición. Se detuvo justo debajo de mí. Debido a lo que había sucedido, el grupo estaba cruzando la línea de los 600 metros de altitud más de prisa de lo que Chuck esperaba.

Puede que se fiase demasiado de su suerte y pensase que no necesitaba seguir las normas a rajatabla.

Supongo que no me había visto. La idea me pasó durante un breve instante por la cabeza y entonces el paracaídas multicolor de Chuck brotó de su mochila como una flor que se abre. El paracaídas guía se hinchó en la corriente de aire que ascendía a su alrededor a más de doscientos kilómetros por hora y salió como una bala hacia mí, seguida por la masa del paracaídas principal.

Desde el instante en que vi salir el paracaídas guía, apenas tuve una fracción de segundo para actuar. Tardaría menos de un segundo en atravesar los paracaídas y —literalmente— embestir al propio Chuck. A esa velocidad, si lo alcanzaba en un brazo o una pierna, se los arrancaría y yo me mataría. Y si chocaba directamente con él, nuestros cuerpos reventarían.

La gente dice que el tiempo se ralentiza en situaciones así y es cierto. Mi mente asistió a la acción de los siguientes microsegundos como si estuviera viendo una película a cámara lenta.

En el mismo instante en que vi el paracaídas guía, pegué los brazos a los costados y enderecé el cuerpo para caer en picado, con una ligera inclinación de las caderas. La verticalidad me proporcionó mayor velocidad y la inclinación de las caderas permitió a mi cuerpo desplazarse en horizontal, primero lentamente y luego, al cabo de un instante, mucho más de prisa. En esencia, me convertí

en un ala perfecta y logré pasar por delante del paracaídas de Chuck justo antes de que se abriera.

Lo adelanté a más de 200 kilómetros por hora, es decir, más de 60 metros por segundo. A esa velocidad, dudo que pudiera ver la expresión de mi cara. Pero si hubiera podido, imagino que habría visto una mueca de total estupefacción.

De algún modo, había logrado reaccionar en centésimas de segundo a una situación que, de haberme parado a evaluarla racionalmente, habría encontrado imposible de analizar por su extremada complejidad.

Y, sin embargo... había logrado resolverla, con el resultado de que los dos logramos llegar a tierra sanos y salvos. Era como si mi cerebro, enfrentado a una situación que requería una capacidad de respuesta superior a la habitual, hubiera multiplicado por un momento su potencia.

¿Cómo lo había hecho? A lo largo de los más de veinte años que he trabajado en el ámbito de la neurocirugía académica —estudiando el cerebro, observando cómo funciona y trabajando con él— he tenido la oportunidad de meditar a fondo sobre esta pregunta. Y finalmente he llegado a la conclusión de que el cerebro es un órgano realmente extraordinario, mucho más de lo que alcanzamos a imaginar.

Ahora me doy cuenta de que la respuesta a esta pregunta es mucho más profunda. Pero para vislumbrar esta verdad, mi vida y mi visión del mundo han tenido que experimentar una metamorfosis completa. Este libro trata sobre los sucesos que cambiaron mi manera de pensar sobre este tema. Esos sucesos me convencieron de que, por maravilloso que sea el cerebro, no fue este órgano el que me salvó la vida aquel día. No. Lo que se activó en las milésimas de segundo de que dispuse desde que comenzó a abrirse el paracaídas de Chuck fue otra parte de mí, una parte mucho más profunda. Una parte que podía trabajar así de rápido porque no estaba anclada en el tiempo, como el cerebro y el cuerpo.

Era, de hecho, la misma parte de mí que me hacía sentir fascinación por el firmamento cuando era niño. Y no es solo la parte más inteligente de nosotros, sino también la más profunda. A pesar de ello, durante la mayor parte de mi vida adulta he sido incapaz de creer en ella.

Pero ahora sí creo y en las siguientes páginas te contaré por qué. Soy neurocirujano.

En 1976 me gradué en Ciencias Químicas por la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. El título de Medicina lo obtuve en la Universidad de Duke en 1980. Durante los once años de residencia y especialización que pasé en ella, en el hospital general de Massachusetts y en Harvard, me especialicé en Neuroendocrinología (el estudio de las interacciones entre el sistema nervioso y el endocrino, formado por las glándulas que segregan las hormonas responsables de dirigir la mayoría de las actividades de nuestro organismo). También me pasé dos de esos once años investigando por qué los vasos sanguíneos de una zona del cerebro, cuando reciben el torrente procedente de un aneurisma, reaccionan de manera patológica, un síndrome llamado vasoespasmo cerebral.

Tras completar una beca en Neurocirugía cerebrovascular en la localidad británica de Newcastle-Upon-Tyne, pasé quince años en la Facultad de Medicina de Harvard como profesor asociado de cirugía, con una especialización en Neurocirugía.

Durante aquellos años operé a incontables pacientes, muchos de ellos aquejados de graves lesiones cerebrales que ponían en peligro sus vidas.

Buena parte de mi trabajo de investigación se centraba en el desarrollo de procedimientos técnicos avanzados, como la radiocirugía estereostática (una técnica que permite al cirujano dirigir con precisión haces de radiación sobre objetivos específicos situados en el interior del cerebro sin afectar a las zonas adyacentes). También colaboré en el desarrollo de técnicas de imágenes por resonancia magnética, una serie de terapias neuroquirúrgicas guiadas de gran

importancia para el tratamiento de afecciones cerebrales complicadas, como los tumores y los desórdenes vasculares.

Además, durante aquellos años escribí, solo o en colaboración con otros, más de ciento cincuenta artículos para revistas especializadas y presenté mis hallazgos en más de doscientos congresos médicos celebrados por todo el mundo.

En resumen, que me consagré a la práctica de la ciencia. Usar las herramientas de la medicina moderna para ayudar y curar a la gente y aprender cada día más sobre el funcionamiento del cerebro y el cuerpo humano era el objetivo de mi vida, mi vocación. Y me sentía inconmensurablemente afortunado por haberla encontrado. Y por encima de todo esto tenía una esposa preciosa y dos niños maravillosos y, aunque en algunos aspectos estaba casado con mi profesión, intentaba no descuidar a mi familia, a la que consideraba la otra gran bendición de mi existencia. Por multitud de razones, podía considerarme un hombre muy afortunado.

Sin embargo, el 10 de noviembre de 2008, a la edad de cuarenta y cuatro años, mi suerte pareció agotarse. Aquejado de manera fulminante por una enfermedad muy rara, caí en coma durante siete días. En este tiempo, la totalidad de mi neocórtex —la superficie exterior del cerebro, la parte del mismo que nos convierte en humanos— estuvo desconectado. Inoperativo. En esencia, ausente.

Cuando tu cerebro se ausenta, tú también lo haces. Como neurócrujano, durante años había oído numerosos relatos sobre gente que había tenido experiencias extrañas (por lo general, después de sufrir algún episodio de infarto cardíaco), en las que viajaban a lugares misteriosos y extraordinarios, hablaban con parientes muertos e incluso con el mismísimo Dios.

Cosas maravillosas, sin duda. Pero todas ellas, en mi opinión, producto de la fantasía. ¿Qué provocaba este tipo de experiencias ultraterrenas que la gente relataba con tanta frecuencia? No tenía la pretensión de saberlo, pero lo que sí sabía era que el responsable de crearlas era el cerebro. Como todo lo que tiene que ver con

la conciencia. Si no tienes un cerebro funcional, no puedes tener conciencia.

Esto se debe a que, para empezar, el cerebro es la máquina que produce la conciencia. Cuando esta máquina se avería, la conciencia se para. A pesar de la inmensa complejidad y el misterio de los procesos cerebrales, en esencia la cuestión es tan sencilla como esta. Si desenchufas la televisión, se apaga. El programa se termina, por mucho que lo estuvieras disfrutando.

O, al menos, es lo que yo creía antes de que mi cerebro dejara de funcionar.

Durante el coma, no es que mi cerebro funcionase de manera incorrecta... es que directamente no funcionaba. Ahora creo que es posible que esta fuese la causa de la profundidad e intensidad de la experiencia cercana a la muerte (ECM) que viví durante aquel tiempo. La mayoría de las ECM registradas se producen cuando el corazón de una persona ha permanecido parado durante un rato. En tales casos, el neocórtex se desactiva temporalmente, pero no suele sufrir demasiados daños (siempre que se restaure el flujo de sangre oxigenada por medio de una resucitación cardiopulmonar o de una reactivación de la función cardíaca en menos de cuatro minutos, aproximadamente). Pero en mi caso, el neocórtex se había desconectado del todo. Entré en la realidad de un mundo de conciencia que era completamente ajeno a las limitaciones de mi cerebro físico.

Podría decirse que la mía fue la experiencia cercana a la muerte perfecta. Como neurocirujano con varias décadas de experiencia tanto en investigación como en cirugía, estaba en una posición privilegiada para juzgar, no solo la veracidad de lo que me estaba sucediendo, sino también todas sus implicaciones.

Eran unas implicaciones de una magnitud indescriptible. Lo que me reveló mi experiencia es que la muerte del cuerpo y del cerebro no supone el fin de la conciencia, que la experiencia humana continúa más allá de la muerte. Y lo que es más importante, lo hace

bajo la mirada de un Dios que nos ama a todos y hacia el que acaban confluyendo el Universo y todos los seres que lo pueblan.

El lugar al que fui era real. Real hasta tal punto que, a su lado, la vida que llevamos en este mundo y en este tiempo parece un simple sueño.

Pero esto no quiere decir que no valore la vida que llevo en la actualidad. De hecho, ahora la valoro más que antes, porque la veo en su auténtico contexto.

La vida no carece de sentido. Pero este es un hecho que no podemos ver desde donde estamos, al menos por lo general. Lo que me sucedió mientras estaba en coma es, sin ninguna duda, la historia más extraordinaria que jamás podré contar. Pero es una historia complicada de relatar, porque es completamente ajena al racionalismo convencional. No es algo que pueda dedicarme a airear a los cuatro vientos. Pero al mismo tiempo, mis conclusiones se basan en el análisis médico de mi propia experiencia y en mi profundo conocimiento de los conceptos más avanzados de las ciencias cerebrales y de los estudios más modernos sobre la conciencia. Una vez que me di cuenta de que mi viaje había sido real, supe que tenía que relatarlo. Y hacerlo de una manera adecuada se ha convertido en el principal objetivo de mi vida.

Esto no quiere decir que haya abandonado mi trabajo como médico y mi vida como neurocirujano. Pero ahora que he tenido el privilegio de constatar que nuestra vida no termina con la muerte del cuerpo o del cerebro, creo que es mi deber, y también mi vocación, contarle a la gente lo que vi más allá de mi propio cuerpo y más allá de esta Tierra. Estoy especialmente impaciente por relatar esta historia a gente que haya oído otras similares pero que no haya terminado de darles crédito a pesar de su deseo de hacerlo.

Es esa gente, más que ninguna otra, la destinataria de este libro y el mensaje que contiene. Lo que tengo que contarles es lo más importante que podrán oír nunca y además de ello, es verdad.

EL DOLOR

Lynchburg, Virginia, 10 de noviembre de 2008

Mis ojos se abrieron de pronto. En la oscuridad de nuestro dormitorio, me fijé en la luz roja del reloj de la mesilla de noche: las cuatro y media de la madrugada. Una hora antes de lo que solía despertarme para hacer mi trayecto de setenta minutos de duración entre nuestra casa de Lynchburg, Virginia, y la fundación Focused Ultrasound Surgery de Charlottesville, donde trabajaba. Mi esposa Holley seguía profundamente dormida a mi lado.

Tras casi veinte años como profesional de la neurocirugía académica en la zona de Boston, dos primaveras antes, en 2006, me había mudado con ella y el resto de la familia a las colinas de Virginia. Holley y yo nos conocimos en 1977, dos años antes de terminar la universidad. Ella estudiaba Bellas Artes y yo, Medicina. Había salido un par de veces con mi compañero de habitación, Vic. Un día la traje para presentármela, seguramente con la intención de alardear. Cuando se marchaban, le dije a Holley que volviese cuando quisiera y a continuación añadí que no hacía falta que lo hiciera con Vic.

En nuestra primera cita de verdad fuimos a una fiesta en Charlotte, Carolina del Norte. Tuvimos que hacer dos horas y media de ida y otras tantas de vuelta. Holley tenía laringitis, así que

fui yo el que habló el 99 por ciento del tiempo. No me costó demasiado. Nos casamos en junio de 1980, en la Iglesia episcopaliana de Windsor, y al poco tiempo nos trasladamos a los apartamentos Royal Oaks en Durham, donde yo ejercía como residente en Duke. No era lo que se dice un palacio real y tampoco recuerdo que hubiese ningún roble. Apenas teníamos dinero, pero estábamos tan atareados y tan felices que tampoco nos importaba. Una de nuestras primeras vacaciones consistió en un recorrido con tienda de campaña por las playas de Carolina del Norte. En este estado, la primavera es temporada de purrajás (unos bichos que pican) y nuestra tienda de campaña no ofrecía demasiada protección frente a ellas. Pero, aun así, nos lo pasamos en grande. Una tarde, mientras nadaba en Ocracoke, se me ocurrió un modo de pescar los cangrejos azules que nadaban entre mis pies. Llevamos un gran cubo de ellos al motel Pony Island, donde se alojaban unos amigos, y los preparamos a la parrilla. Había de sobra para todos.

A pesar de nuestra prudencia, al cabo de poco tiempo nos encontramos con que nuestras reservas de efectivo se habían reducido preocupantemente. Estábamos alojados en casa de nuestros amigos Bill y Patty Wilson y una noche nos dio por acompañarlos al bingo. Hacía diez años que él iba al bingo todos los martes de verano y no había ganado ni una sola vez. En cambio, Holley no había ido nunca. Llámalo suerte del principiante o intervención divina, pero el caso es que aquella noche ganó doscientos dólares... que a nosotros nos supieron como si fuesen cinco mil. El dinero nos permitió prolongar el viaje y disfrutarlo de manera mucho más relajada.

Me licencié en Medicina en 1980, el mismo año en que Holley se graduaba y empezaba a trabajar como artista y maestra. Realicé mi primera intervención quirúrgica en solitario en 1981, en Duke. Nuestro primer hijo, Eben IV, nació en 1987 en la maternidad Princess Mary de Newcastle-Upon-Tyne, al norte de Inglaterra, donde yo estaba estudiando el sistema cerebrovascular con una

beca, y nuestro segundo hijo, Bond, nació en el hospital Brigham & Women's de Boston en 1998.

Los quince años que pasé trabajando en la Facultad de Medicina de Harvard y en el hospital Brigham & Women's fueron maravillosos. Nuestra familia guarda un recuerdo fabuloso del periodo que vivimos en la zona de Boston. Pero en 2005, Holley y yo decidimos que era hora de volver al sur. Queríamos estar más cerca de nuestras familias y lo vimos como una oportunidad de tener más autonomía que en Harvard. Así que en la primavera de 2006 empezamos de nuevo en la ciudad de Lynchburg, en las colinas de Virginia. Y no tardamos demasiado en acomodarnos al tipo de vida más relajado que ambos habíamos conocido durante nuestra juventud en el sur.

Por un momento permanecí allí inmóvil, tratando de determinar qué era lo que me había despertado. El día anterior —un domingo— había sido despejado, soleado y un poco fresco, el clásico tiempo de finales de otoño en Virginia. Holley, Bond (que tenía diez años por entonces) y yo habíamos ido a una barbacoa en casa de un vecino. Por la tarde hablamos por teléfono con nuestro hijo Eben IV, que en ese momento contaba veinte años y estudiaba en la Universidad de Delaware. La única sombra del día había sido el pequeño virus respiratorio que Holley, Bond y yo arrastrábamos desde la semana anterior. Poco antes de meterme en la cama había empezado a dolerme la espalda, así que me había dado un baño caliente, que pareció aplacar mi sufrimiento. Me pregunté si me habría despertado tan temprano porque el virus seguía acechando dentro de mi cuerpo.

Me moví ligeramente en la cama y una punzada de dolor recorrió mi columna vertebral de arriba abajo. Era mucho más intenso que la noche antes. Estaba claro que la gripe seguía allí, solo que con fuerzas redobladas. Cuanto más despertaba, más empeoraba el suplicio. Como no podía volverme a dormir y solo me faltaba una hora para empezar la jornada, decidí darme otro baño caliente. Me incorporé en la cama, puse los pies en el suelo y me levanté.

Al instante, el dolor subió otro peldaño en la escala de la agonia: ahora era una palpitación sorda y penetrante, alojada profundamente en la base de la columna. Sin despertar a Holley, me dirigí con paso delicado hacia el baño principal del piso de arriba.

Llené un poco la bañera y me metí en ella, convencido de que el agua caliente me aliviaría al instante. No fue así. Al cabo de un rato, cuando la bañera ya estaba medio llena, me di cuenta de que había cometido un error. Además de que el dolor estaba agravándose por momentos, era tan intenso que temía tener que despertar a Holley a voces para que me ayudase a salir de allí.

Me sentía completamente ridículo en aquella situación, así que alargué los brazos y me agarré a una toalla que colgaba de un toallero, justo encima de mí. La llevé hasta el borde para que el toallero no corriera tanto riesgo de romperse bajo mi peso y, con delicadeza, comencé a tirar de ella para levantarme.

Otra punzada de dolor me atravesó la espalda, esta vez tan intensa que se me escapó un gemido. Definitivamente, no se trataba de la gripe. Pero ¿qué otra cosa podía ser? Tras salir con gran trabajo de la bañera y ponerme el albornoz de felpa morado, regresé lentamente al dormitorio y volví a tenderme sobre la cama. Una película de sudor frío me cubría el cuerpo.

Holley despertó y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—No lo sé —dije—. Me duele muchísimo la espalda.

Holley comenzó a darme un suave masaje. Para mi sorpresa, eso me hizo sentir un poco mejor. En términos generales, los médicos no son buenos pacientes y yo no soy una excepción. Por un momento pensé que el dolor —y lo que quiera que lo provocaba— iba a comenzar a remitir. Pero a las seis y media de la mañana, hora a la que solía marcharme a trabajar, seguía prácticamente paralizado por el dolor.

Bond entró en el dormitorio una hora más tarde, intrigado por mi presencia en casa.

—¿Qué sucede?

—Tu padre no se encuentra bien, cariño —contestó Holley.

Yo seguía tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada. Bond se me acercó y comenzó a acariciarme suavemente las sienes.

Su contacto provocó algo parecido a un relámpago en mi cabeza, el peor que había experimentado hasta entonces. Chillé. Sorprendido por mi reacción, mi hijo retrocedió de un salto.

—No pasa nada —lo tranquilizó Holley, a pesar de que estaba claro que pensaba lo contrario—. No has sido tú. Es que papá tiene un dolor de cabeza espantoso. —Y entonces añadió en voz baja, más como una reflexión para sí misma que como una pregunta para mí—: No sé si llamar a una ambulancia...

Si hay algo que los médicos detestan más que estar enfermos, es visitar Urgencias en calidad de pacientes. Me imaginé la casa llena de enfermeros, las preguntas preceptivas, el traslado al hospital, el papeleo... Pensé que en algún momento empezaría a sentirme mejor y lamentaría haber llamado a la ambulancia.

—No, no pasa nada —repuse—. Me duele, pero en seguida se me pasará. Ayúdalo tú a prepararse para ir al colegio.

—Eben, en serio, creo que...

—Me pondré bien —la interrumpí, con la cara aún enterrada en la almohada. Seguía literalmente paralizado por el dolor—. De verdad, no hace falta llamar a Urgencias. No estoy tan enfermo. Solo es un espasmo muscular en la parte baja de la espalda y un poco de dolor de cabeza.

A regañadientes, Holley se llevó a Bond al piso de abajo y le dio de desayunar antes de llevárselo a casa de unos vecinos para que cogiese desde allí el autocar del colegio. Mientras mi hijo salía por la puerta principal, se me ocurrió que si lo que me estaba pasando era algo serio y al final terminaba en el hospital, quizá no pudiese verlo aquella tarde después de sus clases. Así que, sacando fuerzas de flaqueza, exclamé con voz cascada:

—Que lo pases bien en el cole, Bond.

Cuando regresó Holley, yo ya estaba perdiendo la conciencia. Mi mujer creyó que solo estaba quedándome dormido, así que me dejó descansar y bajó a llamar a algunos de mis colegas para recabar su opinión sobre mi estado.

Dos horas después, considerando que ya había descansado bastante, subió para comprobar cómo estaba. Al abrir la puerta del dormitorio me vio allí tendido sobre la cama, como antes. Pero entonces me examinó mejor y se dio cuenta de que mi cuerpo no estaba relajado, sino rígido como una tabla de madera. Encendió la luz y pudo ver que convulsionaba violentamente. La mandíbula inferior sobresalía de manera antinatural y mis ojos, abiertos como platos, daban vueltas alrededor de las órbitas.

—¡Eben, dime algo! —chilló.

Al ver que no respondía, llamó al teléfono de Urgencias. La ambulancia tardó menos de diez minutos en llegar y los enfermeros me subieron a ella y me trasladaron al hospital general de Lynchburg.

De haber estado consciente, podría haberle dicho a Holley que era exactamente lo que estaba sucediendo en la cama durante los aterradores momentos que pasó esperando la ambulancia: un ataque en toda regla, provocado sin duda por algún *shock* extremadamente grave sufrido por mi cerebro.

Pero, lógicamente, no pude hacerlo.

Durante los siete días siguientes, solo estaría presente con Holley y el resto de mi familia en mi forma corporal. No recuerdo nada de lo que sucedió en este mundo durante aquella semana y he tenido que recurrir a los demás para conocer la parte de esta historia que transcurrió allí mientras yo estaba inconsciente.

Mi mente, mi espíritu —como prefieras llamarlo, la parte central y humana de mí, en cualquier caso— se había perdido en otra parte.

EL HOSPITAL

El servicio de Urgencias del hospital general de Lynchburg es el segundo más concurrido del estado de Virginia y, por lo general, un día laborable a las nueve y media de la mañana está hasta los topes. Aquel lunes era así. Aunque yo pasaba la mayor parte de mi jornada laboral en Charlottesville, había realizado innumerables operaciones en ese hospital y conocía a casi todo el personal. Laura Potter, una médica de Urgencias a la que conocía y con la que había trabajado estrechamente durante dos años, recibió una llamada desde una ambulancia en la que se le informaba que un varón caucásico de cuarenta y cuatro años, en estado epiléptico, estaba a punto de llegar al centro. Mientras se acercaba a la entrada de las ambulancias, repasó mentalmente la lista de las posibles causas del estado de su paciente. Era la misma lista que habría elaborado yo de haber estado en su piel: síndrome de abstinencia de alcohol; sobredosis de drogas; hiponatremia (un nivel de sodio en sangre anormalmente bajo); infarto; tumor cerebral primario o metastático; hemorragia intraparenquimal (derrame de sangre en la sustancia cerebral); absceso cerebral... y meningitis.

Cuando los enfermeros me llevaron hasta la Sala 1 de Urgencias, seguía convulsionando de manera violenta, entre gemidos intermitentes y temblores de los brazos y las piernas. Nada más verme,